

Cuanto más hablaba, más se alejaba la baronesa de su objeto.

—Mi querido Crevel, veo que quiere usted mal á mi marido, y sin embargo sería usted su mejor amigo si su mujer hubiese sido débil.

Esto diciendo, Adelina dirigió á Crevel una ardiente mirada; pero entonces se descubrió demasiado, tanto, que el perfumista se dijo:

—¿Querrá vengarse de Hulot? ¿Le gustaré más vestido de alcalde que de guardia nacional? ¡Son tan raras las mujeres!

Y esto diciendo, se colocó en su habitual postura, mirando á la baronesa de un modo arrogante.

—Cualquiera diría que toma usted venganza en él de una virtud que le ha opuesto á usted resistencia, de una mujer á la que amaba usted lo bastante para... comprarla—añadió en voz baja.

—De una mujer divina—repuso Crevel sonriendo significativamente á la baronesa, cuyos ojos se humedecieron.—Pero, cuantos malos tragos ha pasado usted en tres años, ¿verdad, hermosa mía?

—Querido Crevel, no hablemos de mis sufrimientos, que son superiores á las fuerzas humanas. ¡Ah! si me amase usted aún, podría sacarme del abismo en que estoy. Sí, estoy en el infierno. Los regicidas á quienes se martirizaba atándolos á la cola de cuatro caballos, estaban sobre rosas comparados conmigo, porque á ellos les despedazaban el cuerpo y yo tengo el corazón lacerado.

Crevel quitó las manos del chaleco, colocó el sombrero sobre un sofá y empezó á sonreír. Su sonrisa fué tan estúpida, que la baronesa la tomó por expresión de bondad.

—Aquí tiene usted una mujer, no desesperada, sino en la agonía del honor y determinada á todo para impedir crímenes.

Adelina, temiendo que Hortensia se presentase, echó el cerrojo á la puerta, y después fué á echarse á los pies de Crevel, le tomó la mano, se la besó y le dijo:

—¡Sea usted mi salvador!

La pobre supuso que había fibras generosas en el corazón de aquel negociante, y abrigó la esperanza de obtener los doscientos mil francos sin deshonorarse.

—Compre un alma, usted que quería comprar una virtud—repuso dirigiéndole una mirada extraviada,—confíe usted

en mi probidad de mujer, en mi honor, cuya solidez ya conoce. Sea usted amigo mío, salve á una familia entera de la ruina, de la vergüenza, de la desesperación; impida que se suma en un lodazal cuyo fango se convertirá en sangre. ¡Oh! no me pida explicaciones—dijo al ver que Crevel se disponía á hablar.—Sobre todo no me diga: «Se lo había predicho», como el que se alegra de una desgracia. Vamos, obedezca á la que usted amaba, á una mujer cuyo rebajamiento es tal vez el colmo de la nobleza. No me pida nada, espérelo todo de mi agradecimiento. No, no me dé nada; pero présteme, préstele á la que llamaba usted su Adelina.

Esto diciendo, las lágrimas brotaron con tal abundancia y sollozó Adelina de tal modo, que mojó los guantes de Crevel. Las palabras: «Necesito doscientos mil francos», apenas pudieron oírse en medio del llanto, del mismo modo que las piedras, por gruesas que sean, pasan desapercibidas en las cascadas.

¡Tal es la inexperiencia de la virtud! Como se ha visto por la señora Marneffe, el vicio no pide nada, sino que prepara las cosas para que se lo ofrezcan todo. Esta clase de mujeres no se vuelven cargantes hasta el momento en que se han hecho indispensables ó cuando se trata de explotar á un hombre como se explota una carrera. Al oír las palabras «doscientos mil francos», Crevel lo comprendió todo y levantó galantemente á la baronesa, diciéndole esta insolente frase, que Adelina no oyó en medio de su extravío:

—Vamos, madrecita mía, no hay que apurarse.

La escena cambiaba de aspecto, y, según había anunciado Crevel, él pasaba á ser el dueño de la situación.

CAPÍTULO XXIX

Fin de la vida y de las opiniones de Celestino Crevel

La enormidad de la suma impresionó de tal modo á Crevel, que se dispó la viva emoción que había sentido al ver llorando á sus pies á Adelina. Además, por angelical y santa que sea una mujer, cuando llora á lágrima viva, su belleza desaparece. Como se ha visto ya, las señoras Marneffe lloriquean á veces y dejan que una lágrima se deslice á través

de sus mejillas; pero no cometen nunca la falta de llorar hasta el punto de que se les pongan rojos los ojos y la nariz.

—Vamos á ver, hija mía, calma, ¡pardiez!—dijo Crevel tomando las manos de la hermosa señora Hulot entre las suyas.—¿Para qué me pide usted doscientos mil francos? ¿qué quiere usted hacer de ellos? ¿Para quién son?

—No me exija ninguna explicación y démelos... Habrá usted salvado la vida de tres personas y el honor de sus hijos.

—Pero, querida mía—dijo Crevel,—¿cree usted que va á encontrar en París un hombre que, fiando en la palabra de una mujer medio loca, vaya á buscar doscientos mil francos y se los entregue sin más ni más? ¡Vaya un conocimiento de la vida y de los negocios que tiene usted, hermosa mía! Ya puede usted mandarles los sacramentos á esos que están apurados, porque á no ser su alteza divina la banca, el ilustre Nucingen ó insensatos avaros enamorados del oro como de una mujer, nadie puede realizar semejante milagro. La lista civil, por civil que sea, le diría á usted que volviese mañana. Todo el mundo hace valer su dinero y lo maneja lo mejor que puede. Angel querido, usted se engaña si cree que es el rey Luis Felipe el que reina, por más que él tampoco lo cree. El sabe, como todos nosotros, que por encima de la corte está la santa, la venerable, la sólida, la amable, la graciosa, la hermosa, la noble, la joven, la omnipotente moneda de cinco francos. Ahora bien, ángel mío, el dinero exige intereses. En fin, la eterna alegoría del becerro de oro. En tiempo de Moisés se negociaba en el desierto. Nosotros hemos vuelto á los tiempos bíblicos. El becerro de oro fué el primer libro conocido. Adelina mía, ¿cómo se conoce que vive usted en la calle Plumet. Los egipcios debían enormes cantidades á los hebreos! y sólo iban detrás del pueblo de Dios por su dinero.

Dicho esto, miró á la baronesa de un modo que quería decir:—¿Tengo ingenio?

—Dispénseme usted—continuó,—pero escúcheme bien, fíjese en este razonamiento. ¿Quiere usted doscientos mil francos? Nadie puede dárselos sin buscarlos. Cuente usted. Para tener doscientos mil francos en dinero contante, es preciso vender unos setecientos mil francos de papel del estado, de modo que no podrá usted tener el dinero hasta el cabo de dos días. Este es el camino más rápido. Para decidir

á alguien á soltar toda una fortuna, pues doscientos mil francos constituyen la fortuna de mucha gente, es preciso decirles, al menos, para qué se quieren.

—Mi querido Crevel, se trata de la vida de dos hombres, de los cuales uno se matará y el otro se morirá de pena. En fin, se trata de mí, que me volveré loca, ¿no lo estoy un poco ya?

—No tanto, ángel mío—dijo tomando á la señora Hulot por las rodillas,—porque ya que te has dignado pensar en él, sabes que el padre Crevel tiene su valor.

—Al parecer, es preciso dejarse coger las rodillas—pensó la noble y santa mujer escondiendo la cara entre las manos.—Antaño me ofrecía usted una fortuna—dijo ruborizándose.

—¡Ah! hijita mía, hace tres años—repuso Crevel.—¡Oh! pero está usted más hermosa que nunca—exclamó cogiendo el brazo de la baronesa y estrechándolo contra su corazón.—Pero, caramba, ¿qué memoria tiene usted! ¿Vé como hizo mal en rechazarme entonces? Porque los doscientos mil francos que rechazó usted noblemente, están ahora en el bolsillo de otra. Cuando yo le decía «será mía», ¿cuál era mi objeto? Quería vengarme de ese malvado Hulot. Ahora bien, hermosa mía, su marido tiene hoy una querida que es una alhaja, una perla, una mujer hermosísima, que cuenta hoy veintiséis años; y yo he juzgado más picaresco, más completo, más Luis XV, más mariscal Richelieu, soplarle esa encantadora criatura que no le tiene ningún cariño á Hulot y que hace tres años que está loca por su servidor.

Mientras decía esto, Crevel, de entre cuyas manos había retirado las suyas la baronesa, recobraba su gravedad, se ponía tieso, creyendo estar apetitoso y encantador, y parecía decir: «Ya ves á quién te atreviste á echar de tu casa».

—Conque, hija mía, ahora ya estoy vengado, porque su marido ya lo ha sabido, pues yo le he demostrado categóricamente que la señora Marneffe es mi querida, y si el señor Marneffe revienta, será mi mujer.

La señora Hulot miraba á Crevel con ojos fijos y casi extraviados.

—¿Ha sabido Héctor eso?

—Sí, y sin embargo ha vuelto—respondió Crevel,—y si yo lo he consentido es porque Valeria quería que ascendiese á su marido; pero me ha jurado arreglar las cosas de tal modo que el barón no vuelva más á aparecer por allí. Y

ha cumplido su palabra mi duquesa, y digo duquesa porque á fe que esa mujer ha nacido duquesa. Como ella dice con mucha gracia, ha vuelto á su Héctor de usted virtuoso á perpetuidad. Crea usted que la lección ha sido buena y que el barón, que está curado radicalmente, no volverá á liarse con bailarinas ni mujeres de esa índole. Si hubiese usted escuchado á Crevel en lugar de humillarle y ponerle á la puerta de su casa, hoy tendría usted doscientos mil francos, porque mi venganza me cuesta mucho más; pero ya lo recobraré todo á la muerte de Marneffe. Este es el secreto de mis prodigalidades. Yo he resuelto el problema de ser gran señor á poca costa.

—¿Sería usted capaz de dar semejante madrastra á su hija? —exclamó la señora Hulot.

—Señora, usted no conoce á Valeria—repuso gravemente Crevel.—Es á la vez una mujer bien educada, una mujer distinguida y una mujer que goza de la más alta consideración. Mire usted, ayer el vicario de la parroquia comió en su casa, y como ella es piadosa, le regalamos para la iglesia un magnífico cáliz. ¡Oh! es hábil, es corriente, es instruída, lo tiene todo. Por mi parte, Adelina querida, se lo debo todo á esa encantadora mujer: ella ha pulido mi espíritu y mi lenguaje como puede usted ver, me corrige cuando digo alguna falta, y me procura palabras é ideas nuevas. Ahora ya no digo nada inconveniente. Se han obrado grandes cambios en mí, y usted ya ha debido notarlos. En fin, ella ha despertado mi ambición. Si fuese diputado, ya no cometería errores, porque consultaría á mi Egeria en las menores cosas. Esos grandes políticos como Numa, nuestro ministro actual, tienen todos su consejera. Valeria recibe á más de veinte diputados, empieza á tener influencia, y ahora que va á trasladarse á un magnífico palacio, será una de las soberanas de París. ¡Ah! ¡cuántas veces me he felicitado de que no me hubiera usted aceptado!

—Esto le haría á una dudar de la virtud de Dios—dijo Adelina, cuyas lágrimas fueron secadas por la indignación.—Pero no, la justicia divina tiene que cernirse sobre esa cabeza.

—Hermosa señora—repuso el gran político Crevel, profundamente herido.—Usted no sabe lo que es el mundo. Adelina mía, al mundo le gusta el éxito. ¿Vamos á buscar acaso su sublime virtud, cuya tarifa es de doscientos mil francos?

Estas palabras hicieron temblar á la señora Hulot, la cual volvió á ser presa de su estremecimiento nervioso. Comprendió que el perfumista retirado se vengaba de ella innolemente, como se había vengado de Hulot; el disgusto agitó su corazón y le secó la garganta hasta el punto de que no podía pronunciar palabra.

—¡El dinero, siempre es dinero!—dijo ella al fin.

—Me ha conmovido usted mucho cuando la vi llorando á mis pies—repuso Crevel.—Usted no quiere creerme; pero mire, si hubiese llevado la cartera encima, se la hubiera dado. Vamos á ver, ¿necesita usted esa suma?

Al oír esta frase, Adelina olvidó las injurias de Crevel, que sólo deseaba penetrar los secretos de Adelina para reirse luego de ellos con Valeria.

—¡Ah! lo haré todo—exclamó la desgraciada mujer.—Señor, me venderé, me convertiré, si es preciso, en una Valeria.

—Eso os sería difícil—respondió Crevel,—porque Valeria es lo sublime del género. Amiguita mía, veinticinco años de virtud, siempre dejan rastro como una enfermedad mal cuidada. Pero va usted á ver hasta qué punto la quiero. Yo voy á proporcionarle sus doscientos mil francos.

Adelina le cogió una mano á Crevel, se la puso sobre el corazón, sin poder articular palabra, y una lágrima de alegría humedeció sus párpados.

—¡Oh! espere usted, que habrá trabajo. Yo soy un buen muchacho, sin preocupaciones, y voy á hablarle con franqueza. Usted quiere hacer como Valeria ¿verdad? Bueno, esto no basta; es preciso buscar un accionista, un Hulot, y yo conozco un abacero retirado, que ha sido también gorrero y que es un hombre humilde, ignorante, á quien yo estoy educando, aunque temo que nunca podrá honrarme. Mi hombre es diputado, estúpido y vanidoso; pero está completamente virgen de los placeres y del lujo de la vida parisiense. Sin embargo, Beauvisage (pues se llama Beauvisage) es millonario y, lo mismo que yo hace tres años, daría cien mil francos por ser amado por una mujer distinguida... Sí—dijo creyendo haber interpretado bien el gesto que hizo Adelina.—Me tiene envidia, envidia mi dicha con la señora de Marneffe, y el mocito es capaz de vender una propiedad por ser propietario de una...

—¡Basta! señor Crevel, ¡basta!—dijo la señora Hulot sin

disimular su disgusto, su rubor y su indignación.—Ahora acabo de recibir un disgusto mayor del que correspondé á mi pecado. Mi conciencia, violentamente acallada por la mano de hierro de la necesidad, se subleva ante este último insulto y me dice que tales sacrificios son imposibles. Ya no tengo orgullo, ya no me indigno como antes, ya no os arrojaré de aquí después de haber recibido este golpe mortal, porque entiendo que he perdido el derecho á ello al ofrecerme como una prostituta... Sí—repuso, respondiendo á un gesto negativo de su interlocutor.—He manchado mi vida pura hasta ahora, y no tengo excusa, ya lo sé. Merezco todas las injurias que usted quiera dirigirme. ¡Que se cumpla la voluntad de Dios! Si desea la muerte de dos seres dignos de ir hacia él, que mueran; yo los lloraré y rogaré por ellos. Si quiere la humillación de nuestra familia, doblemos la cerviz ante la espada vengadora y besémosla como cristianos que somos. Yo ya sé cómo expiar esta vergüenza de un instante que será el tormento de los últimos años de mi vida. Señor, la que le habla, no es ya la señora de Hulot, sino la pobre, la humilde pecadora, la cristiana cuyo corazón sólo será ocupado por el arrepentimiento y que se entregará por completo á la oración y á la caridad. Yo, sólo puedo ser ya la última de las mujeres y la primera de las arrepentidas. Usted ha sido un instrumento que me ha vuelto á la razón y á Dios que me habla en este instante. Le doy las gracias.

Esto diciendo, temblaba de tal modo que desde aquel instante no se le quitó ya nunca. Su voz llena de dulzura contrastaba con la febril palabra de la mujer decidida á la deshonra para salvar á una familia. La sangre se alejó de sus mejillas, se puso pálida y sus ojos quedaron secos.

—Por otra parte, qué mal desempeñaba mi papel ¿verdad? —repuso mirando á Crevel con la dulzura con que debían mirar los mártires al procónsul.—El amor verdadero, el amor santo y abnegado de una mujer, tiene placeres muy distintos de los que se compran en el mercado de la prostitución. Pero ¿para qué decís nada?—añadió dando un paso más hacia la senda de la perfección.

La majestad y la virtud, y su luz celestial, habían alejado la impureza pasajera de aquella mujer, la cual, al resplandecer con toda la belleza que le era propia, le pareció á Crevel que se agrandaba. En aquel momento, Adelina estuvo sublime, como esas figuras de la religión que han pintado

los venecianos; pero además, expresaba toda la grandeza de su infortunio y la de la iglesia católica en la que se refugiaba. Crevel quedó deslumbrado.

—Señora, soy suyo incondicionalmente—dijo en un impulso de generosidad.—Vamos á examinar el asunto, y aunque me pida usted lo imposible, lo haré. Depositaré papel en el Banco, y dentro de dos horas tendrá usted el dinero.

—¡Dios mío! ¡qué milagro!—dijo la pobre Adelina arrojándose.

Y acto continuo, recitó una plegaria con una devoción tal, que Crevel, conmovido, derramó algunas lágrimas.

—Señor, sea usted amigo mío—le dijo.—Usted tiene el alma mejor que la acción y que la palabra. El alma se la ha dado Dios, mientras que las ideas le provienen del mundo y sus pasiones. ¡Oh! ¡cuánto le querré á usted!—exclamó con un amor angelical, cuya expresión contrastaba singularmente con sus malvadas coqueterías.

—No tiemble usted de ese modo—dijo Crevel.

—¿Acaso tiemblo?—preguntó la baronesa, que no notaba aquel achaque tan rápidamente adquirido.

—Sí, mire usted—dijo Crevel, tomando un brazo de Adelina y haciéndole ver que tenía un temblor nervioso.—Vamos, señora,—repuso con respeto—cálmese, yo voy ahora al Banco.

—Sí, amigo mío, ahora que confío en usted, se lo digo todo. Vuelva en seguida y no olvide que se trata de impedir el suicidio de mi tío Fischer, comprometido por mi marido. ¡Ah! si no llegamos á tiempo, conozco la delicadeza del mariscal y sé que su delicadeza le acarreará la muerte.

—Entonces, me voy—dijo Crevel besando la mano á la baronesa.—Pero ¿qué ha hecho ese pobre Hulot?

—Ha robado al Estado.

—¡Ah! ¡Dios mío! corro, señora; la comprendo á usted y la admiro.

Crevel hincó una rodilla en tierra, besó la falda de la señora Hulot y desapareció diciendo:

—Hasta ahora.

Desgraciadamente, para ir de la calle del Plumet á su casa, tenía que pasar por la calle Vanneau, y no pudo resistir al deseo de ver á su duquesita. El ex perfumista llegó con el rostro aun descompuesto, entró en el cuarto de Valeria y la encontró peinándose. Esta examinó á Crevel en el espejo,

y, aunque no sabía nada, le extrañó verle tan emocionado, sin ser ella la causa de la emoción.

—¿Qué tienes, mono mío?—le dijo á Crevel.—¿Se entra acaso así en casa de su duquesita?

Crevel respondió con una sonrisa triste y señaló á Reina.

—Reina, hija mía, basta por hoy. Yo misma acabaré de peinarme. Dame la bata.

Reina, muchacha cuyo rostro estaba agujereado como una espumadera y que parecía haber sido hecha expresamente para Valeria, cambió una sonrisa con su ama y le llevó la bata.

—¿Diré que no está la señora en casa para nadie?

—Es claro—dijo Valeria.—Vamos á ver, gatito mío, ¿qué pasa? ¿has tenido pérdidas?

—No.

—¿Temes que el palacio se encarezca?

—No.

—¿No crees acaso que eres padre del pequeño Crevel?

—¿Qué tontería!—replicó el hombre, seguro de ser amado.

—Pues á fe que no entiendo—dijo la señora Marneffe.—

Pues mira, yo, cuando tengo que sacar las penas como quien saca una muela, me enfado; conque vete, porque me cargas.

—Si no es nada—dijo Crevel.—Necesito doscientos mil francos para dentro de dos horas.

—¡Oh! ya los encontrarás. Mira, yo no he empleado los cincuenta mil francos de Hulot y puedes pedirle cincuenta mil francos más á Enrique.

—¡Enrique! ¡siempre Enrique!—exclamó Crevel.

—Pero maquiavelo, ¿crees acaso que yo voy á despedir á Enrique? ¿quién es el ser que no aprovecha sus armas? Ese muchacho me sirve para saber si me quieres, y esta mañana veo que no me quieres mucho.

—¿Qué no te quiero, Valeria? Te quiero más que á un millón.

—No es bastante—respondió la libertina sentándose en las rodillas de Crevel y pasándole ambos brazos en torno del cuello—quiero ser amada como diez millones, como todo el oro de la tierra, y más aun. Enrique no permanecería dos segundos sin decirme lo que tiene. Vamos á ver, ¿qué te pasa, mono mío? Cuéntaselo todo á tu mujercita.

Y esto diciendo frotaba el rostro de Crevel con sus cabellos y le retorció la nariz,

—¿Será posible tener una nariz semejante y guardarle un secreto á su Vavaleleriaria.

Quando decía *Vava* le ponía la nariz á la izquierda, cuando decía *lele* á la derecha y cuando decía *riaria* se la dejaba en su sitio.

—Es que acabo de ver...

Crevel se detuvo y miró á Valeria.

—Valeria, joya mía, ¿me prometes por tu honor, es decir por el nuestro, no repetir nunca lo que voy á decirte?

—Sí, hombre, y mira, impongo las manos y hasta el pie. Y esto diciendo, Valeria se mostró tan sublime que hubiera sorbido el seso á cualquiera otro aunque no hubiera sido un Crevel.

—Acabo de ver la desesperación de la virtud.

—¿Es que tiene virtud la desesperación?—dijo Valeria, meneando la cabeza y cruzándose de brazos á lo Napoleón.

—Esa pobre señora Hulot necesita doscientos mil francos, sin los cuales el mariscal y el padre Fischer se levantarán la tapa de los sesos. Como tú eres en parte la causa de todo esto, yo voy á reparar el mal. ¡Oh! la conozco, sé que es una santa mujer y que me lo devolverá todo.

Al oír la palabra Hulot y la cantidad de doscientos mil francos, Valeria pareció echar chispas por los ojos.

—¿Pero qué te ha hecho esa vieja para inspirarte lástima? ¿Qué te ha enseñado?... ¿su... religión?...

—Corazón mío, no te burles de ella, porque es una mujer noble, santa y digna de respeto.

—¿Yo no soy también digna de respeto?—dijo Valeria mirando á Crevel con aire siniestro.

—Yo no digo eso—respondió Crevel comprendiendo lo mucho que debía herir á la señora de Marneffe aquel elogio de la virtud.

—Yo también soy piadosa—dijo Valeria sentándose en su sofá,—pero no comercio con la religión y me escondo para ir á la iglesia.

Dicho esto guardó silencio y no hizo ya caso de Crevel. Este, excesivamente inquieto, fué á ponerse ante el sofá que ocupaba Valeria, y la encontró sumida en profunda meditación.

—Valeria, ángel mío...

Profundo silencio, y una lágrima bastante problemática fué enjugada furtivamente.

—Una palabra, hermosa mía.

—¡Caballero!

—¿En qué piensas, amor mío?

—¡Ah! señor Crevel, pienso en el día de mi primera comunión. ¡Qué hermosa estaba! ¡Qué pura! ¡Qué santa! ¡Qué inmaculada! ¡Ah! si alguien le hubiese dicho á mi madre: «Su hija será una arrastrada, engañará á su marido, y un día, un comisario de policía la encontrará en una casa sospechosa, vendiendo á Crevel para engañar á Hulot, dos viejos horribles...» ¡ah! la pobre mujer me quería tanto, que se hubiese muerto antes de haber acabado la frase.

—Cálmate.

—Tú no sabes cuánto es preciso amar á un hombre para imponer silencio á estos remordimientos que vienen á herir siempre el corazón de una adúltera. Siento que Reina se haya ido, porque te podría decir que esta mañana me encontré llorando y pidiendo perdón á Dios de mis culpas. Mire usted, señor Crevel, yo no me burlo nunca de la religión; ¿me ha oído usted alguna vez hablar mal de ella?

Crevel hizo un gesto de asentimiento.

—Hasta prohibo que hablen mal delante de mí. Yo charlaré acerca de todo lo que se quiera: de los reyes, de política, de hacienda, de todo lo que hay de más sagrado para el mundo, de los jueces, del matrimonio, del amor, de las jóvenes, de los viejos; pero ante la Iglesia y ante Dios me detengo. Yo ya sé que hago mal y que sacrifico mi porvenir... pero ¡qué poco sabe usted cuán grande es mi amor!

Crevel juntó las manos.

—¡Ah! sería preciso penetrar en mi corazón y medir toda la extensión de mis convicciones, para saber todo lo que le sacrifico. Yo me siento de la madera de una Magdalena y por eso habrá usted notado el respeto con que trato á los sacerdotes. Ya sabe usted los muchos regalos que hago á la Iglesia. Mi madre me educó en la fe católica y yo comprendo á Dios. A nosotras, á las pervertidas, es á las que nos habla con más severidad.

Valeria se enjugó dos lágrimas que rodaban por sus mejillas. Crevel se asustó, y la señora de Marneffe se levantó furiosa.

—¡Cálmate, hermosa mía! Me asustas.

La señora de Marneffe se dejó caer de rodillas.

—¡Dios mío! yo no soy mala—dijo cruzando las manos.—

Dignaos recoger á esta oveja descarriada, heridla, anonadadla, para sacarla de la situación que la convierte en infame adúltera. Ella se acurrucará gozosa en vuestro regazo, y se considerará feliz en vuestro seno.

Dicho esto se levantó, miró á Crevel y éste sintió miedo al ver las extraviadas miradas de Valeria.

—Además, Crevel, ¿sabes? hay momentos en que tengo miedo, porque la justicia de Dios lo mismo le alcanza á uno en este mundo que en el otro. ¡Qué puedo esperar yo del buen Dios! Su venganza alcanza al culpable de todas suertes, y yo entiendo que todas las desgracias que se ven en este mundo, y que los imbéciles no saben explicarse, no son más que expiaciones. Esto me decía mi madre en su lecho de muerte, hablándome de su vejez. ¡Y si yo te perdiese!—añadió dándole á Crevel un furioso abrazo—¡ah! me moriría.

La señora de Marneffe soltó á Crevel, se arrodilló de nuevo ante el sofá, cruzó las manos y pronunció con increíble devoción la siguiente plegaria:

—Y vos, santa Valeria, mi buena patrona, ¿por qué no visitáis con más frecuencia la cabecera del lecho de la que os está confiada? ¡Oh! venid esta noche como habéis venido esta mañana á inspirarme buenos pensamientos, y así abandonaré el mal sendero, renunciaré como nueva Magdalena á los goces engañosos, al brillo del mundo y hasta á aquél á quien tanto amo.

—¡Nena mía!—dijo Crevel.

—Ya no hay más nena mía, caballero.

Y se volvió, altiva como una mujer virtuosa, con los ojos humedecidos por el llanto, digna, fría, indiferente.

—Déjeme usted—añadió rechazando á Crevel.—¿Cuál es mi deber? Ser de mi marido. Este hombre está moribundo, y ¿qué hago yo? Le engaño al borde de la tumba. Cree que es suyo el hijo que acabo de tener, y yo voy á decirle la verdad. Voy á empezar por adquirir su perdón antes de solicitar el de Dios. Dejémonos. Adiós, señor Crevel—añadió poniéndose de pie y tendiendo al perfumista una mano helada.—Adiós, amigo mío, únicamente nos veremos en un mundo mejor. Usted me debe algunos placeres criminales, y ahora, sí, ahora, quiero ganarme su estimación.

Crevel lloraba á lágrima viva.

—¡Imbécil!—exclamó ella soltando una carcajada infernal.

—Estas son las mañas que emplean las mujeres piadosas

para dar un timo de doscientos mil francos. ¿Y tú, que hablas del mariscal Richelieu, te dejas coger tan cándidamente? ¡Cuántos doscientos mil francos te arrancaría yo de ese modo si quisiese, imbécil! Guarda tu dinero, y si te sobra, lo que te sobre me pertenece. Si le das un céntimo á esa mujer respetable que causa piedad porque tiene cincuenta y siete años, no volveremos á vernos nunca.

—La verdad es que doscientos mil francos es mucho dinero.

—¡Uf! suelen tener buen apetito las mujeres piadosas. ¡Ah! venden mejor sus sermones que nosotras lo más precioso y lo más seguro que hay en el mundo, los placeres. Hacen novelas, ¡uy! yo las conozco, porque he visto muchas en casa de mi madre. Se creen que la Iglesia se lo perdonará todo. Pero en fin, mira, deberías estar avergonzado, tú, que sueles dar tan poco, de querer desprenderte de esa suma. Apenas si me los has dado á mí en conjunto.

—¡Ah! sí—repuso Crevel.—Nada más que el palacio costará eso.

—¿De modo que tienes cuatrocientos mil francos?—le dijo ella con aire soñador.

—No.

—¿De modo que querías prestarle á esa vieja los doscientos mil francos de mi palacio? Eso sí que estaría bueno.

—Pero escúchame.

—Si al menos se los dieses á alguna sociedad filantrópica, pasarías por hombre de porvenir y yo sería la primera en aconsejártelo, porque tú eres demasiado ignorante para escribir algún libro sobre política, y así podrías dar gloria á tu nombre dirigiendo algún asunto social, moral, nacional ó general. Pero no siendo por medio de la beneficencia, no harás nada. Yo quisiera ver que inventabas por doscientos mil francos alguna cosa más difícil, alguna cosa verdaderamente útil. Se hablaría de ti como de una Montyon, y yo me sentiría orgullosa; pero arrojar doscientos mil francos á la calle, prestárselos á una devota abandonada por su marido, es una estupidez que en nuestra época sólo puede germinar en el cráneo de un antiguo perfumista. Eso huele á mostrador. Dentro de dos días ni tú mismo te atreverías á mirarte al espejo. Anda, corre, vete á deshacer lo hecho y no comparescas en mi presencia de otro modo.

Esto diciendo empujó á Crevel fuera de su cuarto, y cuando le sintió bajar por la escalera, dijo:

—Ya está Isabel más que vengada. ¡Qué lástima que estuviese en casa del viejo mariscal, porque nos hubiéramos reído! ¡Ah! la vieja quiere quitarme el pan de la boca. Ya la arreglaré yo.

CAPITULO XXX

Corto duelo entre el mariscal Hulot, conde de Forzheim, y Su Excelencia el mariscal monseñor Cottin, príncipe de Wisembourg, duque de Orfano, ministro de la Guerra.

Obligado á tomar una habitación en armonía con la primera dignidad militar, el mariscal Hulot se había instalado en un magnífico palacio situado en la calle de Montparnasse, donde hay dos ó tres casas regias. Aunque había alquilado todo el palacio, sólo ocupaba el piso bajo. Cuando Isabel fué á llevarle la casa, quiso realquilar en seguida el primer piso, que daría lo suficiente para que la habitación del conde le saliese casi de balde; pero el veterano se negó á ello. Hacía algunos meses que el mariscal estaba sumido en tristes pensamientos, pues había adivinado los apuros de su cuñada, y sin penetrar la causa, sospechaba sus desgracias. Aquel anciano dotado de una serenidad tan alegre, se volvía taciturno. Pensaba que su casa sería algún día el asilo de la baronesa y de su hija, y les reservaba aquel primer piso. La escasez de fortuna del conde de Forzheim era tan conocida, que el ministro de la Guerra, el príncipe de Wisembourg, había obligado á su camarada á aceptar una indemnización para la instalación. Hulot empleó aquella indemnización en amueblar el piso bajo, donde todo era conveniente, pues, según decía él, no quería llevar á pie el bastón de mariscal. El palacio había pertenecido bajo el imperio, á un senador; los salones habían sido restaurados con gran magnificencia, y estaban bien conservados. El mariscal lo había amueblado con lujo, tenía en la cochera un magnífico coche, y alquilaba caballos cuando tenía que ir *in fiocchi*, ya al ministerio ó ya al palacio, á alguna ceremonia ó á alguna fiesta. Como hacía treinta años que le servía de criado un antiguo soldado de sesenta años, cuya hermana era su coci-